

VIAJERO ILUSTRE

ESTUVO entre nosotros el Presbítero Azarías H. Pallais, poeta nicaragüense. Su humildad, quizás excesiva, hizo que no se diese a conocer de los intelectuales, excepción hecha del maestro Valencia, por quien profesa el poeta una verdadera veneración.

Amigo íntimo de Darío, tuvo el doloroso placer de estar cerca del lecho mortal del panida y pronunciar,

en su honor, una oración fúnebre.

Maestro, su cultivo intelectual es de un refinamiento clásico, como que estudió las letras latinas y griegas en el liceo «Luis le Grand», con tal provecho que, luego, explicó en el aula esas lenguas sabias.

Actualmente es profesor de literatura en el Instituto Nacional de León (Nicaragua). Poeta, ha publicado dos

tomos de versos: *Espumas y estrellas* y *A la sombra del agua*, libros que en el sentir de los críticos, son «sencillamente admirables»; prepara la edición de su tercera obra *Los caminos*, que prologará Valencia. Sacerdote, convencido de lo grande y augusto de su ministerio, es altamente místico, pero con mística revestida de púrpura.

A GUILLERMO VALENCIA, SEÑOR DE BELALCAZAR.

Esos tus cuatro niños: Yo no he visto mejor cuarteto; ni tampoco más dulce primavera que tu amor,—cielo, donde tu bella compañera es una estrella fija de poemas en flor.

Navega en los silencios del Castillo Interior tu «manoir»: los paisajes dormidos en la austera gracia del Cauca, vibran cuando vibra la hoguera del Puracé. Valencia, poeta cazador,

dueño de libros raros, y mejor todavía, dueño de un hogar noble, dice tu poesía del libro las penumbras, del amor la visión:

Ella y los cuatro niños: por eso tus poemas, en vez de ser oscuros temerosos problemas, son árboles dichosos de suave promisión.

A. H. PALLAIS, Pbro.

IN MEMORIAM

AL PADRE PALLAIS

El día que a mis puertas llamaste, oh peregrino, signé con piedra blanca, para eternal memoria, eternal, sí, eternal porque un rayo de gloria consagró desde entonces mi ignorado camino.

Llegaste con el blando pisar del pie divino. Yo, en la arcaica vitela que mi gruta ilusoria guarda, pinto el relato de esta mágica historia del hombre que llegó a tornar mi agua en vino.

Si hemos hablado un día o un siglo, no sabría decirlo, dulce hermano en la flauta doliente (¿El placer de estar triste no es la melancolía?)

Mientras el mundo corres y vas, de gente en gente, tu nombre resplandece cual nieve de alegría sobre el ya extinto cráter de un corazón ardiente.

GUILLERMO VALENCIA

Popayán, 8 de abril de 1920.

(Popayán, Abril de 1920)

LA ULTIMA VISION

A LA MEMORIA DE RUBEN DARIO

Por sus ojos, cansados de recoger el brillo nocturnal de las urbes, pasó un último afán: ver el paisaje, a un tiempo misterioso y sencillo, de sus nativas tierras—bosque, lago y volcán. ¡Qué golpe de recuerdos no le sacudiría el alma, en un espasmo de intensa poesía, al ver ya moribundo cuanto al redor había visto con los ingenuos ojos de su niñez! Remembranzas nerviosas turbaron su agonía con el afán inútil de cantar todavía y empezar, entre sueños, a vivir otra vez...

¡Quién no hubiese querido cerrar sus ojos sabios y penetrar la clave de su última visión!... Tal vez cogió la lira; no pudo abrir los labios; pero dejó en las cuerdas temblando una emoción... Una emoción de verso tiembla en la despedida que se le da al paisaje primero de la vida, donde un día rompiera la primera canción: verso que el bardo agónico aprisionó en la almohada, escuchando el latido, con la sien apretada, que al través de las venas le enviaba el corazón...

El bosque dió a su verso músicas y colores; aleteos de brisas, coqueteos de flores. Hay en su verso, a veces, inquietantes rumores: ráfagas que huyen...; hojas que danzan...; interiores ritmos que se insinúan apenas...; y tal cual son enérgico, cálido, imponente y marcial, en que, sobre los siglos, se escucha, entre fragores metálicos, el ronco tamboril del chontal... El bosque dió a su verso lo que nada le ha dado:

el misterio, el ambiente ritual y ensimismado, el hermetismo gravemente sacerdotal.

El lago dió a su verso transparencia y anchura... Las imágenes limpias nadan a la ventura en su verso, cual francas desnudeces, que, en vago giro, flotan y súmense en un agua tan pura que se les sigue viendo sobre el fondo del lago... En el azul, a veces, sigzaguea la albuza espiritual y pura de una garza real; otras veces, la muerte se prepara del día... El lago dió a su verso gracia y melancolía; y él hizo de un carrizo su hechizo musical.

El volcán dió a su verso cierta altivez huraña... Cuando ofició en vidente colocó él su misal sobre el altar abrupto de la vieja montaña, que, cual piedra preciosa de brillantez extraña, Hugo encerró en el cofre de un poema inmortal. (Momotombo sagrado, Momotombo tremendo: tu Poeta ha escuchado dentro de ti el estruendo de una trompetería para un Juicio Final...) Rubén, Rubén:

azufre diabólico y nublado patético complícense en tu última visión! Para tu sien su fiebre te dió el volcán sagrado y su altivez huraña para tu corazón...

El bosque grave, el lago suave, el volcán fuerte para siempre hoy dormidos en tus ojos están... Viste juntas las caras del Amor y la Muerte: me lo han dicho tu bosque, tu lago y tu volcán!!

(La Noticia, Managua).

JOSÉ SANTOS CHOCANO